MERECER PARA ALCANZAR.

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

DON LUIS FERNANDEZ GUERRA.

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA COMEDIA el dia 19 de Diciembre de 1850.

PERSONAS.	ACTORES.
D.ª ISABEL DE ORELLANA.. .	D.ª JUANA SAMANIEGO.
D.ª GUTIERREZ.	D.ª LORENZA CAMPOS.
D. CÁRLOS DE ORELLANA.. .	D. JOAQUIN ARJONA.
EL DUQUE.	D. ENRIQUE ARJONA.
SANCHO.	D. JOSÉ DARDALLA.
ANSELMO..	D. FRANCISCO OLTRA.
TELLO.	D. FRANCISCO PARDO.
UN CRIADO.	D. JOSÉ ALISEDO.
UN POSADERO..	D. ANTONIO ARGUELLES.

PAGES Y CRIADOS.

La accion pasa á principios del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

Descargadero de una posada cerca de la corte, en segundo término, dividido con groseros pilares. Al fondo el porton de entrada, y por él se descubre el campo. Una escalera suspendida á la derecha del espectador da paso á las cámaras. En ambos lados del teatro puertas que comunican á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

TELLO y varios criados del duque alborotando y bebiendo. El POSADERO les escancia el vino. SANCHO, dormido al parecer, al lado opuesto. CARLOS, á quien de vez en cuando se ve atravesar lentamente por el fondo. Despues la DUEÑA. Algunas parejas bailan durante la siguiente copla, y se retiran.

CRIADO 1.º «Al comenzar el Diluvio
andaban todos alegres,
diciéndose unos á otros:
¡qué buen año será este!» (*Risas y aplausos.*)
POSADERO. ¿Quién por el agua pregunta?
TELLO. Quita allá, que me marea.
POSADERO. Dígolo porque chispea.
TELLO. Que caigan chuzos de punta.
CRIADO 1.º ¿Esto es de Arganda?
POSADERO. Del mismo.
TELLO. ¿La procedencia ventila?
CRIADO 1.º Pregunto el nombre de pila
porque me temo el bautismo.
DUEÑA. (*Sale por la puerta de la izquierda.*)
¡Jesus! ¡Jesus! ¡Qué zopencos!
¡Qué ruido!

Tello. Por Barrabás,
no gruña.
Dueña. Si gritan mas
que rehala de podencos.
Bien dicen, que la prudencia
no se ajusta con el vino.
Tello. Cuando se va de camino
hay para todo licencia.
Dueña. Nunca se dió para tanto.
Tello. Cuando no la dan, se toma.
Dueña. Pues cuidado con la broma,
que puede tornarse en llanto.
El señor... (*Todos, menos Tello, se levantan.*)
Tello. Está apartado
su cuarto. (*Se sientan.*)
Dueña. ¡Mas si notara
tan insufrible algazara...!
Posadero. Solazarse no es pecado.
Y á no ser muy riguroso...
Dueña. No es riguroso, es severo
como noble caballero.
Posadero. Es decir, es poderoso.
Tello. Si noble hubiese nacido
no fuera menos humano.
Dueña. Noble es tu señor, villano.
Tello. Porque se casó lo ha sido.
Dueña. ¡Murmurador!
Criado 1.º Basta ya;
y no se hable mas del cuento.
Posadero. El Duque está en su aposento,
y nosotros por acá.
Tello. Dejad, mi reina, el temor.
Vamos. Bebed. (*Ofreciendo un vaso á la Dueña.*)
Dueña. No lo pruebo.
Tello. ¿Y si os brindo?
Dueña. ¿Y si no bebo?
Tello. A la salud del señor. (*Brindando.*)
Dueña. Mucho ese bríndis me incita;
pero... ¿Es dulce?
Posadero. Es un arrope.

DUEÑA. Entonces... ¡Uf, qué jarope!
TELLO. (*Toma otro vaso y dice brindando.*)
Otro por la señorita.
DUEÑA. Ni pensarlo.
TELLO. Eso es querer
desairarla.
DUEÑA. ¡Qué locura!
TELLO. Claro está.
DUEÑA. Tanto me apura
que á la fin... ¡Cómo ha de ser!
Bien conozco que obro mal...
TELLO. ¿A qué andar por las orillas?
DUEÑA. Si salgo de mis casillas
es por cierta nueva...
TELLO. ¿Cuál?
DUEÑA. Es un secreto.
TELLO. Decid.
DUEÑA. ¡Dios me libre!
TELLO. Por favor...
DUEÑA. Me dais palabra...
TELLO. De honor.
DUEÑA. ¿Sereis mudo?
TELLO. Mudo.
DUEÑA. Oid.
(*Dirigiéndose á la derecha. Tello la sigue.*)
TELLO. (*A la Dueña, que se recela de Sancho.*)
No hay temer.
DUEÑA. Hace un instante
llamó el Duque á la Duquesa.
TELLO. ¿Y toda la nueva es esa?
DUEÑA. Si interrumpis...
TELLO. Adelante.
DUEÑA. Acerté á encontrarme allí
buscando...
TELLO. Sin digresiones.
DUEÑA. Y entre varias espresiones,
estas del Duque entendí:
«Hija mia, si á tu madre
le debes ilustre cuna
y poderosa fortuna,

no te honra menos tu padre.
Si un tiempo de su favor
el rey me tuvo privado,
al fin me llama á su lado
y me le otorga mayor.
Esto mi honor acrisola;
mas temo que se aperciba
la emulacion, que es activa.
Guarda el secreto. »

TELLO. ¡ Hola !

SANCHO. (*Ap.*) ¡Hola!)

TELLO. Un abrazo y dos y tres
por esta noticia os doy...

DUEÑA. Soltadme, soltadme.

TELLO. Y voy
á celebrarla despues
con un trago.

DUEÑA. Y á charlar.

TELLO. Descuidada os podeis ir :
yo bebo para dormir,
y duermo para callar.

DUEÑA. ¿ Me asegurais?

TELLO. ¿Cuántas veces
quereis que os jure...?

DUEÑA. Hasta luego. (*Vase.*)

TELLO. Id con Dios.

CRIADO 1.º ¿ Y á tanto ruego
qué os dijo?

TELLO. Nada : chocheces.

ESCENA II.

DICHOS, menos la **DUEÑA**.

Con igual imperio manda
y reprende , que los amos.
Pero ya se fué : bebamos
el Cariñena y Arganda.

TODOS. Sí , bebamos.

CRIADO 1.º A brindar.

TELLO. Brindo por la nueva...

CRIADO 1.º ¿Qué,
no seguis?

TELLO. Me atraganté.
(*Ap.*) ¡Maldito flujo de hablar!)

POSADERO. Mucho el temporal se aumenta.

TELLO. ¿Y por eso pára el carro?
Otra ronda, y ande el jarro
al compas de la tormenta.

ESCENA III.

DICHOS y ANSELMO, que se sienta á la derecha. Empiezan á notarse los efectos de la tempestad.

POSADERO. Me gusta la confianza.

TELLO. Es un pobre.

POSADERO. Es un bergante.

TELLO. No hay gente mas atrevida:
se cuelan por todas partes,
sin que pueda haber contento
que no perturben sus ayes.

ANSELMO. ¡Ay de mí! ¡No puedo mas!

TELLO. ¡Y toma asiento! ¡Qué diantre!

POSADERO. ¡Hola, buen viejo! salid
al punto por donde entrasteis;
que para pedir limosna
ó recitar un romance,
no es necesario pasar
mas allá de los umbrales.
¿Entendeis?

ANSELMO. Tan solo os ruego
que me dejeis un instante
descansar. Estoy rendido.

TELLO. No faltarán matorrales
ni cuevas en esos cerros,
que os den posada de balde.

ANSELMO. Por compasion. Escuchad.

TELLO. Si esperais que nos ablande
la estudiada relacion
de vuestras calamidades,

podeis suprimirla.

ANSELMO. Hermanos,
soy un anciano: miradme.
Los años y el infortunio
¿qué resistencia no abaten?
Entre la furia del cielo
y vuestra crueldad, no es fácil
elegir. Irme quisiera,
pero ved que estoy exánime.

TODOS. Fuera, fuera. (*Levantándose.*)

ANSELMO. Por piedad (*Dirigiéndose á Sancho.*)
protejedme!

SANCHO. Dios le ampare.

TELLO. ¿Será preciso obligaros
con la fuerza...

CARLOS. ¡Miserables!
¿qué vais á hacer? Escudados
con la librea de un grande,
¿á un anciano os atreveis
porque no le ampara nadie?
¿porque es débil, y no puede
haceros frente? ¡Cobardes!
¿Qué os anima contra él?
¿Menos que vosotros vale
acaso porque las sobras
que de vuestra mesa caen,
las recoja el infeliz
acosado por el hambre?
Nó; que vosotros tambien
con otras sobras medrásteis.

TELLO. ¿Con qué fuero nos reprende?
¿Sois por ventura el Alcalde?

CARLOS. ¿Con qué fuero? Os lo diré,
si la razon no es bastante:
con el mismo con que ahora
á este anciano haceis ultraje;
con la fuerza.—¡Eh! retiraos.

TELLO. Asi hablad á vuestros pajes.

CARLOS. A vosotros de este modo.
(*Poniendo mano á la espada.*)

POSADERO. (*Ap.*) Como lo dice lo hace.)
(*Interponiéndose entre Cárlos y los criados.*)
TELLO. (*Ap.*) Si no fuera por el Duque,
yo le enseñara al danzante
cuántas son cinco.)
POSADERO. Venid.
(*A Tello que con los demas criados se retira.*)
Bueno es evitar un lance.
ANSELMO. Dejad que os bese los pies,
buen señor!
CARLOS. ¡Qué disparate!
Yo nada en el mundo soy,
pues no soy rico; no obstante,
algun dinero le resta
á ese bolsillo. Tomadle.
ANSELMO. No debo...
CARLOS. Venid acá. (*Al Posadero.*)
Dad á este anciano hospedage
y lo que pida. ¡Cuidado!!
ANSELMO. Caballero, ¡sois un ángel!

ESCENA IV.

CARLOS y SANCHO.

SANCHO. ¡Magnífico! amigo mio.
Tienes relevantes dotes
para caballero andante.
¡Lástima que se malogren!
Con todo, yo seguir pienso
otro rumbo mas conforme
con el siglo, antes que alguno
por tu escudero me tome.
CARLOS. No te comprendo.
SANCHO. No es fácil
adivinar intenciones.
Escúchame.
CARLOS. Si es sermon,
te ruego, Sancho, lo acortes.
SANCHO. Nacido en lejanos climas,

de la suerte los rigores
me obligaron á buscar
amparo en otras regiones.
Llegué á España: á poco tiempo
nos conocimos. Tú entonces
te encontrabas...

CARLOS. Sin empacho:
como ahora, á buenas noches.
De tu fortuna á la mia
la distancia no era enorme.

SANCHO. Cierto. Descubrir ansiabas
mas despejado horizonte...

CARLOS. Como tú.

SANCHO. Ni mas ni menos:
caminábamos acordes.
Pobre el uno, y pobre el otro...
y luego despues... el roce...

CARLOS. El trato engendra cariño.

SANCHO. Por esa y otras razones
uní mi suerte á la tuya...

CARLOS. Y bien...

SANCHO. Dios me lo perdone.
Desde aquel punto no he dado
paso que no se malogre,
ni he visto luz de ventura
que en tinieblas no se torne.
¡Me ha contagiado tu estrella!

CARLOS. ¿Estás loco?

SANCHO. No te asombres:
tu estrella, ó tu necedad.
Lo que quisieres escoge.—
Creyendo tú que en el mundo
campan las buenas acciones,
y llevando eso que llama
el vulgo *honradez*, por norte,
de la fortuna á la puerta
distes soberanos golpes;
pero á ser la puerta falsa,
la fortuna dijo... *nones*.
En Ocaña te enamoras

de una encantadora jóven,
parienta tuya; mas ella...
ni siquiera te conoce.
Anhelas despues que el Duque,
su padre (que es todo un prócer),
te proteja; pero... nada...
ni le has dicho oxte ni moxte.
Pasan dias y mas dias,
y Duque y niña disponen
irse de Ocaña, y se van
con ellos tus ilusiones.
Te resuelves á seguirlos:
yo me resigno á tus órdenes;
y en dos mulas de alquiler
(que no las mueve un estoque),
los alcanzamos aquí.
¿Qué has hecho despues? Responde.
Insultar á sus criados,
para proteger á un pobre!!!

CARLOS. No me pude contener.

SANCHO. Pero...

CARLOS. Basta de reproches.

SANCHO. ¿A Isabel no te declaras?

CARLOS. Nó, que su beldad me impone.

SANCHO. ¿Y al Duque?

CARLOS. No sé pedir.

SANCHO. ¿Esperas que te enamore
ella misma?

CARLOS. ¡Por favor...!

SANCHO. ¿Y que el padre te pregone?
Si en una estrecha posada
no encuentras hoy ocasiones,
no sé qué será de tí
cuando llegues á la corte.
Sigue, amigo, ese sistema
(que no dudo será noble).
Yo... le admiro... Sin embargo,
y aunque tu amistad me honre...
como no me juzgo digno
de estar asociado á un hombre

tan... sublime, te saludo
y por otra acera vóime.
(*Vase.*)

ESCENA V.

CARLOS.

Sin duda ha perdido el seso.
Ninguna causa le dí
para abandonarme así.
Vamos, no puede ser eso.
Si la fortuna terrible
con nosotros se mostró,
él lo sentirá cual yo;
pero mas que yo, imposible.
Y á estar risueña conmigo
la suerte siquiera un dia,
claro está que gozaria
de igual ventaja mi amigo.
Confieso que no esperaba
tal pago de su amistad...
Pero, tambien ¿no es verdad
cuanto de decirme acaba?
¿No he perdido alguna vez
por tímido la ocasion
de declarar mi pasion,
y muchas por altivez?
¿Al Duque he buscado? Nó;
ni sabe cuál es mi nombre:
pues, si no hay hombre sin hombre,
¿cómo pude medrar yo?
Es preciso suplicar
como todo pretendiente.
Merecer tan solamente
no basta para alcanzar.
Hoy desechando temores
haré de atrevido alarde,
que nunca arriba el cobarde
al puerto de los favores.

¡Si yo tan dichoso fuera
que, al volver á su aposento,
pudiera hablar un momento
á Isabel! ¡Vana quimera!
Ella, sola, no vendrá;
y aunque decidido estoy...

ISABEL. (*Dentro.*) Es preciso llegar hoy.

CARLOS. ¡Ella! ¡Estoy temblando ya!

ESCENA VI.

CARLOS, ISABEL y la DUEÑA.

DUEÑA. No alcanzo por qué tan presto
nuestra partida ha de ser.

ISABEL. A mí me basta saber
que mi padre lo ha dispuesto.

DUEÑA. Aún diluvia en este instante.

CARLOS. (*Ap.*) Se marchan. ¡Esto es peor!
No declararla mi amor
cuando la tengo delante!)

ISABEL. (*Ap.*) ¡El es! ¿cómo se halla aquí?)

DUEÑA. ¿Qué os detiene?

ISABEL. Nada: ven.

DUEÑA. ¿No le habeis visto? (*Aparte á Isabel.*)

ISABEL. ¿Yo...? ¿á quién?

DUEÑA. A aquel jóven que esta allí.

ISABEL. ¡Ah! sí.

DUEÑA. ¿Le habeis conocido?

ISABEL. En Ocaña nos seguia.

DUEÑA. ¡Bella presencia á fe mia!

ISABEL. Si estuviera bien vestido.
Ven.

DUEÑA. Perdonad si me aparto
de vos, pero á Tello aguarda
vuestro padre, y como tarda...
y allí está...

ISABEL. Espero en mi cuarto.

CARLOS. (*Ap.*) ¿Podré hablar á la que adora
mi corazon?)

DUEÑA. Pronto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CARLOS é **ISABEL** que se dirige hácia la escalera.

CARLOS. (*Ap.*) ¡Oh dicha! ¡Yo me resuelvo!)
Un solo instante, señora.
ISABEL. Sin duda que no soy yo
quien pensais.
CARLOS. ¡Oh! ¿por ventura
confunde vuestra figura
quien alguna vez os vió?
ISABEL. Hay que se parecen mil.
CARLOS. ¿Pero á vos? no puede ser.
No hizo Dios otra muger
tan hermosa y tan gentil.
ISABEL. ¿Qué anhelais con tal porfia?
CARLOS. Pronto os habeis olvidado
de mi amoroso cuidado.
¿Quién en Ocaña os seguia,
entregándoos su alvedrio,
cual sigue al cuerpo la sombra,
amándoos como la alfombra
de los campos al rocío?
¿Y quién, desde puesto el sol,
os consagró en vuestras rejas
tiernos ayes, blandas quejas,
hasta el primer arrebol?
ISABEL. ¿Vos, tal vez?
CARLOS. Señora, sí:
y al saber vuestra partida,
como he quedado sin vida
á buscarla vengo aquí.
ISABEL. ¿Y la encontrásteis?
CARLOS. Conmigo
fué siempre el hado cruel.
Si vos quereis, Isabel,
puede mostrárseme amigo.
ISABEL. ¿Sabeis quien soy?
CARLOS. ¿Cómo no?

Sois noble, rica y honrada:
tambien estais heredada...

ISABEL. Vuestro labio no mintió.
¿Y me amais?

CARLOS. Con frenesí.

ISABEL. ¿Y pretendeis?

CARLOS. Con afan.

ISABEL. Mucho presume un galan,
cuando se declara así.
¿Qué esperais?

CARLOS. Tal vez rigor,
pues asi lo quiere el cielo.
A preguntarme, qué anhelo,
os respondiera, que amor.

ISABEL. Pues vuestra lengua confiesa
que no teneis confianza,
ya midió vuestra esperanza
lo difícil de la empresa.

CARLOS. Pero es tan amarga y cruda
para conmigo la suerte,
que prefiriera la muerte
á vivir en esta duda.

ISABEL. Culpar no debe al destino
quien busca un peligro cierto,
indudable. Yo os advierto
que no vais por buen camino.

CARLOS. Aunque por senda de abrojos
camine, cuando al fin de ella
descubro una hermosa estrella
en la luz de vuestros ojos;
luz hermosa cual jamás
otra me alumbró, y su fuego
me deja por siempre ciego,
¿cómo he de volverme atrás?

ISABEL. Pretender un imposible
es locura. Cuidad vos
que nos separa á los dos
una distancia invencible.

CARLOS. Tamaña distancia, infiero
que alude á vuestra esquive ,

si á mi condicion tal vez,
noble soy como el primero.

ISABEL. Mal con esa vanidad
vuestra fortuna se hermana.

CARLOS. Señora, todo lo allana
una firme voluntad.
Ademas, que la pobreza
ni me abate, ni me humilla.
Ver juntos es maravilla
bienes, virtud y nobleza.

ISABEL. Cuando manda la razon
toda inclinacion se trunca;
y yo no olvidaré nunca
lo que debo á mi opinion.
Por eso quien con lealtad
ponga en mí su pensamiento,
pero sin merecimiento
que iguale á mi calidad,
es preciso que avasalle
su capricho á mi reposo;
y antes de seguirme ocioso,
y antes de rondar mi calle,
para poder algun dia
hacer gala de su amor,
conquiste suerte mejor
de la que el cielo le envia.

CARLOS. Espero que me digais,
y de molestaros dejo,
si es reprension ó consejo.

ISABEL. Tomadlo como querais.

CARLOS. ¿Sabeis que indica interes
un consejo?

ISABEL. No lo niego.

CARLOS. Y... ¿qué puedo esperar luego?

ISABEL. Eso lo sabreis despues.

CARLOS. ¿Ni una esperanza?

ISABEL. Ni una.
Bastante os he declarado.

CARLOS. Hasta verme afortunado.

ISABEL. Que os proteja la fortuna. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON CARLOS.

¡Bien mi orgullo lastimó!
Si á sus razones atiendo,
únicamente comprendo
que ser rico me faltó.
¿No tengo otras prendas yo?
¿Cuando á un corazon inflama
de amor la potente llama,
hay distancias para él?
Existen para Isabel,
porque Isabel no me ama.
  Dice que puedo esperar
cuando otra mi suerte sea,
y verme feliz desea...
Isabel, eso es amar.
¿El verse en este lugar
no pudo darla temor?
¿No pudo ser su rigor
simulacion oportuna?
Favoréceme, fortuna,
para merecer su amor.

ESCENA IX.

CARLOS. El DUQUE aparece inmediato al foro dando órdenes á **TELLO. La DUEÑA.** Despues **ANSELMO.** Durante esta escena varios criados atraviesan el teatro con efectos de equipaje.

TELLO. Aún llueve, señor.
DUQUE. No importa.
Partir al instante quiero.
Avisa tú á la señora.
(*A la Dueña que se dirige á la habitacion de Isabel.*)
CARLOS. (*Ap.*) Si es este el último medio
que á mi esperanza le queda,
¿por qué causa me detengo?

¿Tendré en la corte mas ánimo,
cuando ahora me falta aliento
para atravesar tan solo
ese cortísimo trecho?
Es que ese trecho separa
al pobre del opulento...
No importa. Cierro los ojos).
Señor Duque.

DUQUE. Caballero.

(*Anselmo observa recatándose detrás de uno de los pilares.*)

CARLOS. Acaso vuestra atencion
solicito en el momento
menos oportuno.

DUQUE. Y bien...

CARLOS. Perdonad mi poco acierto
y la pretension tambien,
en gracia del parentesco
que me une á vuestra familia.

DUQUE. ¿Es decir, que sois mi deudo?
No estrañareis que, pues hay
tantos que pretenden serlo,
en este instante no acierte
quién sois entre todos ellos.

CARLOS. De vuestra difunta esposa
dos personas, con derecho,
parientes pueden llamarse.
Es la una de ellas don Pedro
de Orellana, noble anciano,
que en la indigencia viviendo
largos años, hace poco
logró ser el heredero
próximo de vuestra hija.

DUQUE. Ya sé á quien doy alimentos.

CARLOS. La otra persona, yo.

DUQUE. ¿Vos?

CARLOS. Así lo quiso el cielo.
De nobles padres nací,
mas pobres en tal estremo,
que no les debí otra herencia
sino honrados pensamientos.

Viéndome desamparado
(estábais, señor, en Méjico),
el estudio de las letras
abracé con grande empeño;
y como la aplicacion
suele suplir al ingenio,
mil aplausos conquisté,
del alma bravo sustento.
A pesar de tantos lauros,
de miseria hubiera muerto,
pues cuando falta favor
sobran los merecimientos.
Quise dar á mi fortuna
otro campo, rumbo nuevo,
y en Flandes troqué animoso
la pluma por el acero.
Corrí en seguida al peligro
y combatí como bueno.
No faltó quien levantara
hasta las nubes mi esfuerzo,
como si el que tiene honra
pudiera portarse menos.
Así corrieron los años;
mi sangre á la vez que ellos,
restañada muchas veces
con blanca nieve de enero.
Todo en vano; ni aun así
pude alcanzar nunca el premio.
A España, desengañado
y pobre cual salí, vuelvo;
mas al encontrarme á vos,
señor, cuyo valimiento
merecido es tan notorio,
ya la esperanza no pierdo.

DUQUE. Teneis razon, porque yo
puedo daros un consejo.
Es propio de gente moza
no tener nunca sosiego,
andar siempre á la aventura,
dejar el camino estrecho

del deber por el holgado
del ocio y del galanteo;
consumir en francachelas
su hacienda, ó perderla al juego;
culpar despues al destino,
decir que no hay en el suelo
justicia, y por conclusion
buscar el amparo ageno.
¡Qué locura! En este mundo
quien siga un camino recto
conseguirá, aun sin favor,
llegar al dichoso término.
El que marche descarriado
no espere sino escarmiento.
Señor pariente, en la senda
que se elige está el misterio.
Por modelo os proponed
al héroe de vuestro cuento,
y yo os juro que vereis
colmados vuestros deseos.

ESCENA X.

CARLOS, el **DUQUE** é **ISABEL** que aparece en lo alto de la escalera, seguida de la Dueña. **SANCHO**, **TELLO** y criados. Estos esperan al Duque colocados á uno y otro lado de la puerta del foro.

CARLOS. (*Ap.*) ¡Ah! se me nublan los ojos).
SANCHO. (*Ap. á Cárlos, mientras el Duque se dirige á Isabel.*)
¿Cayó el pez en el anzuelo?)
DUQUE. Vamos Isabel.
(*Se vuelve como para observar la turbacion de Cárlos, y se encuentra cara á cara con Sancho.*)
SANCHO. (*Cortado.*) Señor...
DUQUE. (*Ap.*) ¡Otro pariente tenemos!)
¿Tambien vos pedís audiencia?
SANCHO. (*Con audacia.*) ¡Pediros yo...! Daros puedo.
DUQUE. ¿Vos á mí?
SANCHO. (*Con reserva.*) La enhorabuena.
DUQUE. ¿Quién os dijo...?

SANCHO. ¡Es un secreto!
DUQUE. ¿Vais á la corte?
SANCHO. Cual vos.
DUQUE. Llegar esta tarde espero.
SANCHO. Iros sirviendo quisiera.
DUQUE. Vuestra atencion agradezco.
SANCHO. Lo pretendo por honrarme.
DUQUE. A tan grande instancia cedo.

(*Se marchan todos por la puerta del foro. Anselmo se aproxima lentamente á Cárlos.*)

ESCENA XI.

CARLOS y ANSELMO.

CARLOS. ¿Y tengo yo corazon?
¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Todos se fueron! Se abrasa
mi alma de indignacion.
De inicuo ardid te valiste,
Duque, para no ampararme.
Mas, ¿cómo puedes juzgarme
si nunca me conociste?
¿Qué me resta? ¿La venganza?
No la ambiciono. Mi suerte
al fin trocará la muerte.
(*La luz de un relámpago ilumina la escena.*)
ANSELMO. Nunca perdais la esperanza.
CARLOS. ¡Ah, pobre viejo! Decid:
¿teneis esperanza vos?
ANSELMO. La tengo, Orellana, en Dios,
y os acompaño á Madrid.
CARLOS. ¡A Madrid! ¿Y para qué?
ANSELMO. Para alcanzar la victoria.
CARLOS. ¡Ilusion!
ANSELMO. Sé vuestra historia.
CARLOS. ¿Tambien mi ultrage?
ANSELMO. Lo sé.
Y tomo vuestra defensa,
(no mireis mi condicion)

porque toda buena accion
halla al fin la recompensa.
Seguidme.

CARLOS. Contento os sigo.
¿Mas, quien sois, puedo saber?

ANSELMO. Don Cárlos, ¿quién puede ser
un desdichado mendigo?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara en el palacio del Duque, en la corte. Puerta en el foro que es la principal: dos laterales á la izquierda del espectador, de las cuales la mas inmediata al proscenio comunica al jardin: otras, á la derecha, que corresponden á las habitaciones del Duque é Isabel. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO, descansando en un sitial.

SANCHO. Fortuna, que eres muger
bien tu condicion lo muestra!
Si huyes de aquel que te busca
con esperanza halagüeña,
y al que no juzga encontrarte
sorprendes con tu presencia;
si tienes para el indigno
corazon de blanda cera,
y para el que mas merece
tienes entrañas de piedra;
si al pobre das ventanazo
y al que es rico abres la puerta;
si mimas al atrevido,
y al que es tímido desprecias,—
á lo menos sé constante
en no tener seso, y deja
á un triste que se encarame
por las aspas de tu rueda.—
Mas, vamos á cuentas, Sancho.
¿Qué has alcanzado y qué esperas?—
Adulé al Duque y logré

ser su page.—Enhorabuena.
Y qué es page? Responde.—
Un hidalgo sin hacienda,
que buscando su remedio
mayor infortunio encuentra;
pues, ya acosado del hambre
sucumbe, si no cercena
los relieves de los platos
que retira de la mesa;
ya candelero ambulante
se deshace á reverencias;
ya, en fin, médico, se afana
por dilatar la existencia
de su mísera ropilla
con reparos de bayeta
y lectuarios de aguja,
hasta que la pobre enferma
dice, lanzando un remiendo:
esto se acabó y... *requiescant.*—
Mal oficio es este, Sancho;
mejorar de estado es fuerza.
¡Qué diablos! Hazte doctor,
y tendrás provecho y ciencia.—
¿Y el dinero?—Hazte soldado.—
No me entusiasma la guerra.—
Pues á la iglesia te acoge.—
Mi vocacion no es tan buena...—
Cásate.—Poquito á poco.
¿Dónde está la conveniencia?—
Dentro de esta misma casa
no tienes una Duquesa?—
¡Vade retro! ¿Quién soy yo
para aspirar á esa prenda?—
Lo que el Duque, tu señor,
antes de casarse era.—
Concedo; mas ¿es posible
que la orgullosa belleza
se digne mirarme?—Sí,
que el *posse* nadie lo niega.—
Y ¿conquistaré su amor?—

Ya lo verás si lo intentas.—
Me decido; nada pierdo.
Pero ante todo, interesa
ganar á doña Gutierrez,
que en amorosas contiendas,
lo que el diablo no consigue
suele alcanzarlo una dueña.
¿Y mi amigo, que á Isabel
adora? Tenga paciencia,
pues no sirve para el caso,
y á idos y muertos... etcetéra.

ESCENA II.

SANCHO y la **DUEÑA** que aparece por el foro.

SANCHO. Mas la vieja á este parage
se dirige. La ocasion
favorece mi intencion.
DUEÑA. ¿Aquí estaba el señor page?
SANCHO. Para servir á usarcé.
DUEÑA. ¿Tal soledad? ¡Sois uraño!
SANCHO. No nací para ermitaño,
mas...
DUEÑA. Lo pareceis á fé.
SANCHO. Recordad que todavia
no hice amistad con ninguno,
y temo ser importuno.
DUEÑA. ¿Pues no contais con la mia?
Vuestro cortesano modo
conquista la voluntad.
Poco vale mi amistad...
SANCHO. Ella para mí lo es todo.
Cuánto no puede á mi escasa
esperiencia ser propicia,
con solo darme noticia
de las personas de casa!
DUEÑA. Torpe he sido, cuanto cabe,
en no hacerlo antes de ahora.
SANCHO. Siempre es ocasion, señora,

de enseñar al que no sabe.
Con vuestro auxilio mas ducho
estaré en servir mi empleo.

DUEÑA. Serviros es mi deseo.
Atended, pues.

SANCHO. Ya os escucho.

DUEÑA. Entre todos los criados,
y principio por la cola,
no hay una persona sola
tratable. ¡ Qué deslenguados !
Tienen por donaire y gala
ser borrachos y groseros.
¡ Qué lacayos ! ¡ Qué escuderos!
¡ Dios mio, qué maestre-sala !
¿ Y los que pican en bravos... ?

SANCHO. Adelante.

DUEÑA. Mi señor,
que ha sido gobernador
por allá, en tierra de esclavos,
acostumbrado á mandar,
tiene el genio un poco duro ,
y con él es lo seguro
obedecer y callar.
Mi señora es generosa
como buena americana,
altiva como Orellana,
por ser muger, no es dichosa.

SANCHO. Me llenais de admiracion.
Tan hermosa , noble y rica,
¿ no es feliz ?

DUEÑA. Se sacrifica
tal vez á su elevacion.

SANCHO. ¿ Y qué sacrificio es ese ?
¿ Pensais que esté enamorada ?

DUEÑA. Yo, Sancho, no pienso nada ;
pero aun cuando lo creyese,
no por eso lo diria.

SANCHO. (*Ap.*) Si yo pudiera con maña...)
El amar no es cosa estraña.

DUEÑA. Es el pan de cada dia.

SANCHO. Y como por lo comun
el rico come pan bueno
y jamás el de centeno,
que es pan de pobres...
DUEÑA. Segun.
¿No se ligan oro y cobre?
Tambien ama la mas bella
y mas hidalga doncella
al mas plebeyo, al mas pobre.
SANCHO. (*Ap.*) ¿Lo dirá por Orellana?)
DUEÑA. Arroja amor sus arpones
sin parar en condiciones;
todo su poder lo allana.
¡Yo lo sé por esperiencia!
SANCHO. No soy de ese parecer:
el amor en la muger
es siempre su conveniencia.
DUEÑA. Niego esa proposicion.
¿No es posible que avasalle
nuestro pecho el lindo talle
de algun apuesto garzon?
SANCHO. (*Ap.*) ¡Cárlos tomó la trinchera!)
¡Nadie logra tanto bien!
DUEÑA. Quién sabe si alguno...
SANCHO. ¿Quién?
DUEÑA. Quien ni pretende ni espera.
SANCHO. (*Ap.*) Ahora sí que no sospecho...)
Eso que decís, quizás,
es un supuesto no mas.
DUEÑA. ¿Por qué no ha de ser un hecho?
SANCHO. ¡Un hecho! (*Ap.*) ¡Yo pierdo el juicio!)
DUEÑA. (*Ap.*) ¿Hay torpeza mas notoria?)
SANCHO. ¿Quién tan difícil victoria
pudo alcanzar?
DUEÑA. (*Ap.*) Es novicio.)
SANCHO. Esplicad...
DUEÑA. ¿Aún mas quereis?
SANCHO. No acierto.
DUEÑA. Vos la alcanzais.
SANCHO. ¡Yo!.. por piedad... ¿me engañais?

DUEÑA. ¡Que á mí me lo pregunteis!
¡Ay! si el amoroso arpon
traspasa las duras rocas,
¿no traspasará las tocas
de una dueña?

SANCHO. (*Ap.*) ¡Maldicion!
¡Trabajaba por su cuenta!)
(*Viendo venir al Duque.*)
El Duque viene. (*Ap.*) ¡Oh ventura!)

DUEÑA. (*Ap.*) ¡A qué mala coyuntura!)

SANCHO. (*Ap.*) ¡Me escapé de la tormenta!)
Quedad con Dios.

DUEÑA. Id con Dios.

SANCHO. Me marcho de aquí, no crea
el Duque cuando nos vea
que hay misterio entre los dos. (*Vase.*)

ESCENA III.

La DUEÑA.

Toda vez que á escondidillas
algun asunto tratamos,
es seguro que á los amos
los llaman con campanillas.

ESCENA IV.

La DUEÑA y el **DUQUE.** **La DUEÑA** se retira hácia el foro y se entretiene en arreglar los candelabros que estarán colocados sobre las mesas.

DUQUE. ¿Conque jamás para mí
ha de ser completo un gozo?
Hoy, que recibo la nueva
de que murió el viejo loco
de Orellana; cuando el Rey
como nunca afectuoso
se me mostró, los reptiles
que al rededor de su trono
se arrastran aduladores,

haciendo á la vez su agosto,
con embozadas palabras,
cuya intencion no conozco,
han suscitado en mi pecho
un recelo ponzoñoso.

DUEÑA. (*Ap.*) ¡Que el buen señor ha de estar
siempre pensativo y fosco!)

DUQUE. El enlace de Isabel
¿por qué ha de ser perentorio?
Es que á todos enamora
sin duda su patrimonio.
¿Y he de perder esos bienes,
que ya miro como propios,
cuando en la corte por ellos
tengo amigos, tengo apoyo,
y doy á mi ilustre casa
el conveniente decoro?
¡Nunca! ¡Primero la muerte,
que yo sufra tal bochorno!

DUEÑA. (*Ap.*) Mucho se encapota el cielo;
si aquí me quedo me mojo.)

DUQUE. ¿A qué vino el advertirme
ser la belleza un escollo,
que es hacienda codiciada
y manjar apetitoso..?
La conducta de Isabel
es solo digna de elogio.
Mas, si una pasion oculta...

DUEÑA. (*Ap.*) Las de Villadiego tomo.) (*Yéndose.*)

DUQUE. ¡Hola!

DUEÑA. ¿Me llamaba ucencia?

DUQUE. Di á tu señora que ansioso
de verla estoy. (*Ap.*) Sondearé
de su corazon el fondo.) (*Vase la Dueña.*)

ESCENA II.

El DUQUE, y TELLO que aparece por el foro con un pliego.

DUQUE. ¿Qué se ofrece?
TELLO. Para ucencia
me entregaron hace poco
este pliego.
(*Lo entrega y se retira respetuosamente hácia el foro, donde permanece.*)
DUQUE. Será alguna
pretension. La lema rompo.
Firma... ¡ Cárlos de Orellana !
Este apellido que odio,
como sombra me persigue.
Por fortuna de este tronco,
habiendo muerto don Pedro,
tan solo queda un retoño.
Veremos lo que me escribe.
A lo menos es lacónico.
(*Lee.*) «Muerto ya mi noble tio
don Pedro, soy el mas próximo
sucesor de vuestra hija,
y con derecho notorio
os pido mis alimentos;
no los pido; ¡ fuera oprobio!
los reclamo. Y aun pudiera,
si pensára de otro modo,
devolveros con usura
aquel pasado sonrojo.»
¡ Que me ultrage de esta suerte
un miserable! ¡Este tono!
¿Sabrá acaso?.. Es imposible.
Averiguar es forzoso...
¿ Conoces tu al portador
de este pliego? (*A Tello que se aproxima.*)
TELLO. Le conozco
por sus hechos solamente.
Es un baladron de á fólio

que en el camino de Ocaña,
por defender á un galopo
de un pobre, nos ultrajó.

DUQUE. ¡Cobardes!

TELLO. Vuestro reposo
fué causa de que no diera
justo escarmiento á su arrojo.
Despues vengarme he podido,
pues ronda por los contornos
del jardin todas las noches;
mas hay respetos... (*Con intencion.*)

DUQUE. ¡Qué oigo!
¡Desdichado! ¿No me engañas?

TELLO. Le he visto con estos ojos.

DUQUE. ¿Conque es pública mi afrenta?
¿Yo solamente la ignoro,
y entre todos mis criados
no existe ni uno tan solo
que haya vuelto por mi honra?
Ahora lo comprendo todo.
Sí, no hay duda. ¡Por quien soy
que es emprendedor el mozo!
Mas de su ambicion la torre
sabré tornar en escombros.
Escucha, Tello. Aunque anciano,
vengar puedo mi desdoro,
que si brios me faltasen,
me los prestára el enojo;
mas no merece el infame
que yo le mate tampoco. (*Pausa.*)
De atrevido tienes fama.

TELLO. No sé la opinion que gozo.
Cuando se presenta un lance,
al peligro no huyo el rostro.

DUQUE. Hay que buscar el peligro.

TELLO. Ningun hombre es mas que otro.

DUQUE. ¿No rondará mas la calle?

TELLO. Aunque le ampare el demonio.
Como esta noche le encuentre,
desaparece el estorbo.

DUQUE. ¿Cara á cara?
TELLO. ¿Quién lo duda?
DUQUE. (*Ap.*) No es el camino mas corto.)
TELLO. (*Ap.*) A traicion es mas seguro,
y asi el pellejo no espongo.)
DUQUE. Está bien. La recompensa
será grande.
TELLO. Vuelvo pronto. (*Vase.*)

ESCENA VI.

El DUQUE é ISABEL.

DUQUE. Isabel.
ISABEL. El cielo os guarde.
DUQUE. Aunque sabes mi deseo,
muy pocas noches te veo.
ISABEL. Es que siempre volveis tarde.
DUQUE. A mi pesar, en palacio,
graves atenciones son
rémoras de mi intencion.
ISABEL. ¡Allí todo va despacio!
DUQUE. Eso presume la gente;
pero hay negocios que van
mas que de prisa.
ISABEL. Serán
los del rico pretendiente.
DUQUE. Un pretendiente, estremado
murmurador, cuerdo ó loco,
me aseguraba hace poco
que debes tomar estado.
ISABEL. Su intencion cristiana aprecio;
mas juzgo la disyuntiva
de cuerdo ó loco, estensiva
á la cualidad de necio.
DUQUE. Con razones de entidad,
necio ú discreto, á mi ver,
sustentó su parecer.
ISABEL. Picais mi curiosidad.
DUQUE. No son para referidas

porque te agravian.

ISABEL. Y vos
consentísteis;

DUQUE. Sí, por Dios;
que hablaba el necio de oidas.

ISABEL. Tambien asi fue culpable.

DUQUE. ¿Quién por hablillas se apoca?
¿Quién cierra al vulgo la boca?

ISABEL. Mi conducta invulnerable.

DUQUE. Mucha es tu seguridad.

ISABEL. No es poco vuestro recelo.

DUQUE. A tu discrecion apelo.

ISABEL. Entonces, señor, hablad.
Sepa yo lo que en ofensa
se dice de mi opinion,
pues sin ver la acusacion,
no es posible la defensa.

DUQUE. Suponen que algun cuidado
amoroso, es quien motiva
la mudanza intempestiva
que en tu conducta han notado;
pues ya de recato pasa
tu estraño recogimiento.

ISABEL. Dijeran con fundamento
que tengo amor á mi casa.

DUQUE. ¿Y qué han de pensar al ver
que hay de por medio galan,
que tu calle con afan
ronda hasta el amanecer?
Les mostrará su porfia
que, si favores no alcanza,
tiene segura esperanza
de obtenerlos algun dia;
y dirán, viendo el teson
con que ocultarse procura,
ó que es su intencion impura
ó baja su condicion.

ISABEL. Basta, señor, que es gran mengua
que os dijese un fementido
tal, y le diéseis oido

sin arrancarle la lengua.
Por quien soy, que si aceptara
un amoroso respeto,
tan alto fuera el sugeto
que de nadie se ocultara;
y que es ante mi hidalguía
cualquier villana intencion,
lo que las tinieblas son
ante el luminar del dia.
Si siempre os he respetado,
si en damas de calidad
no manda la voluntad
sino la razon de estado,
¿cómo vuestro entendimiento
en mí pudo suponer
lo que nunca habrá de ser
sin vuestro consentimiento?
Aun contrariando mi gusto,
tranquilo podeis estar,
que yo no os puedo causar
ni deshonra, ni disgusto.
Y á no ser vuestra eleccion
con mi gusto compatible,
porque no siempre es posible
mandar en el corazon,
contemplando de consuno
vuestra eleccion y la mia,
tendré bastante energia
para no ser de ninguno.

DUQUE. Nunca imaginé yo en tí
accion capaz de infamarte,
mas no para vindicarte
quieras ofenderme á mí.
Y aun cuando tu honor seguro
juzgues de toda asechanza,
y tengas tal confianza
tambien para lo futuro,
escucha atenta un consejo
con mas acíbar que miel,
y ten presente, Isabel,

que es la advertencia de un viejo.
El que se mira dichoso
con paz, juventud y hacienda,
aventurar no pretenda
lo cierto por lo dudoso.
Esto mi labio te advierte,
porque el nudo conyugal
suele tornarse en dogal
que solo corta la muerte.
Mas si tu memoria olvida
mi paternal prevencion,
ó se encuentra tu razon,
como suponen, vencida;—
sírvate, Isabel, de norte,
que no transige mi saña
con el que vino de Ocaña
para rondarte en la córte. (*Váse.*)

ESCENA VII.

ISABEL sola.

¡Cielos! ¿Si será, en verdad,
don Cárlos el que me ronda?
¿Conquistar mi corazon
piensa arriesgando mi honra?
Es imposible. ¿Mis ojos
siquiera vieron su sombra
desde que llegué á la córte?
Si fuí á sus instancias sorda;
si le sonrojé, ignorando
que fuese mi sangre propia;
si le despreció mi padre,
¿quién duda que en su memoria
de aquel amoroso incendio
tan solo cenizas moran?
¡Ah! ni un recuerdo tan solo...
Mas, su olvido qué me importa?
¡Es que le amo!—¿Dónde, dónde
está mi esquivez indómita?

Debo creer que me olvida,
que no existe, que me odia;
ya que á los dos nos separa
la voluntad imperiosa
de un padre, y altos respetos
que el mundo nunca perdona.

ESCENA VIII.

ISABEL. Don CARLOS que entra con la espada desnuda, por la puerta que comunica al jardin, seguido de ANSELMO. Este cierra la puerta y observa por ella y por la del foro con ansiedad

ISABEL. ¡Don Cárlos!
CARLOS. Señora...
ISABEL. ¿Qué osásteis?.. ¡Qué arrojo!
Salid sin demora.
CARLOS. Templad vuestro enojo.
ISABEL. ¡Así á mi presencia...!
CARLOS. ¡Sin dicha nací!
ISABEL. ¿Os dí yo licencia
de entrar hasta aquí?
CARLOS. Ved que á este aposento
me arrastra el destino.
ISABEL. ¿Sois vos el atento
galan del camino?
CARLOS. Asi plugo al hado
que arrostro infelice.
En sangre bañado
mi acero os lo dice.
ISABEL. ¡En sangre! Hablad... ¡Cielos!
CARLOS. Rondando los muros
que os guardan, consuelos
buscaba seguros...
ISABEL. Decid...
CARLOS. Há un instante
del huerto que os rinde
su esencia fragante,
me hallaba en el linde,
cuando oigo á este anciano

clamar, y me advierte
que pérfida mano
procura mi muerte.
Del súbito amago
por dicha consigo
burlar el estrago,
y al ver mi enemigo
su accion malograda,
con rudo despecho
me embiste, y mi espada
traspasa su pecho.
Llegó presurosa
la justicia al ruido;
me busca, me acosa,
me encuentro perdido.
Mas ví que la puerta
que al jardin da entrada,
hallábase abierta,
y en vuestra morada
penetro turbado.
La suerte ha dispuesto
que os haya encontrado.

ISABEL. Si fuera un pretesto
el lance imprevisto...

CARLOS. ¡Señora, blasono
de hidalgo!

ISABEL. No insisto.

CARLOS. Os ciega el encono.

ISABEL. Si en este momento
mi calle trocásteis
en campo sangriento,
¿qué, no me agraviásteis?

CARLOS. Juzgais muy severa.
¡Si yo hiciese tal,
y el mísero fuera...!

ISABEL. Decidlo.

CARLOS. Un rival.

ISABEL. ¡Don Cárlos...!

CARLOS. No insisto;
mas, si en mi defensa

combatí, persisto:
jamás hubo ofensa.

ISABEL. Siguiérais prudente
consejos que os dí.

CARLOS. Los seguí... obediente.

ISABEL. ¿Los seguísteis?

CARLOS. Sí.

ISABEL. Mi casa rondando
sin ningun respeto?

CARLOS. Mi amor ocultando,
muriendo en secreto.

ISABEL. ¡Estraña prudencia!
Salid prontamente;
no vuestra presencia
mi duelo acreciente.
Y pues ni por sueño
podeis ver cumplido
vuestro loco empeño,
ponedle en olvido.

CARLOS. Ya que mis amores
logran solamente
ingratos rigores,
tened, vos, presente,
pues vuestro apellido
llevo por derecho,
que si es distinguido
mas noble es mi pecho.
Y si tal no fuera,
por causas estrañas
abatir pudiera
altivas montañas.
Adios.

ANSELMO. Un instante:
¿no oís ese estraño
rumor, no distante?

ISABEL. (*Ap.*) Temo por su daño.)

CARLOS. Nada me intimida.
(*Dirigiéndose á la puerta del jardín.*)

ISABEL. Detened el paso.

CARLOS. ¿Salvarme la vida

pretendeis acaso?
ISABEL. Lo intento.
CARLOS. Es locura
compartir conmigo
mi mala ventura.
Yo mi suerte sigo. (*Yéndose.*)
ISABEL. ¡Don Cárlos!
CARLOS. Señora,
si en este aposento
me hallasen ahora
con vos...
ISABEL. (*Ap.*) ¡Oh tormento!)
CARLOS. ¿No veis cómo avanza
el ruido entretanto?
ISABEL. ¡Salid sin tardanza!
ANSELMO. ¡Ya es tarde!
ISABEL. ¡Dios santo!

ESCENA IX.

ISABEL, DON CARLOS, ANSELMO, el **DUQUE, SANCHO**, Pages y criados. Al abrir la puerta del jardin aparecen por ella algunos pages y criados con hachas. Al mismo tiempo el **DUQUE** penetra por la del foro seguido de **SANCHO**, pages y criados con hachas.

DUQUE. (*Ap. Desde el foro.* ¡Aquí reunidos los dos!
Disimular es preciso.)
CARLOS. (*Ap.*) ¿Por qué detenerme quiso?)
ISABEL. (*Ap.*) ¡Mi padre!)
DUQUE. ¿Conque érais vos, (*Aproximándose.*)
señor deudo? Por audaz
siempre os tuve, mas confieso
que de tan villano esceso
no os imaginé capaz.
CARLOS. Antes de ofenderme así,
juzgar debeis con mas pausa,
averiguando la causa
que me obligó á entrar aquí.
DUQUE. ¡Averiguar! ¿Para qué,

cuando lo comprendo todo?
Sé por qué entrásteis, y el modo
con que entrásteis tambien sé.

CARLOS. Si hay culpa en este accidente,
que os juro fué inevitable,
yo solo soy el culpable:
vuestra hija es inocente.

DUQUE. ¿Quién lo duda?.. mas su nombre,
tomándole en vuestros labios,
no infameis; basta de agravios.
Sé que matásteis á un hombre
traidoramente.

CARLOS. Eso no.
Con él luché frente á frente.
Si ha sido menos valiente
ó menos diestro que yo;
si á tan rigoroso trance
le llevó su intencion loca,
no es á vos á quien le toca
el sentenciar este lance.

DUQUE. Que os juro no ha de quedar
sin castigo.

CARLOS. Mi pecado
fué solo haberme amparado
donde nunca debí entrar.
Mas, puesto que la razon
está de mi parte, espero
que me abra paso el acero.

DUQUE. Os ciega la presuncion.

CARLOS. Despejad. (*Á los criados.*)

DUQUE. ¡Qué desvarío!
Si no pasó de aquel muro
la justicia, os aseguro
que fué por respeto mio;
y que entre varias medidas,
que adoptar juzgué prudente,
no en vano tomó mi gente
de este cuarto las salidas.

CARLOS. ¿Quién sois vos, para intentar
detenerme aquí?

DUQUE. Esta vez,
don Cárlos, soy vuestro juez;
lo seré á vuestro pesar.
Mi casa habeis asaltado
de mi honra en menosprecio,
y yo quiero á cualquier precio
castigar este atentado.
De Isabel el apellido,
que es el vuestro juntamente,
habeis, con vuestro insolente
proceder, envilecido...

CARLOS. Si de Orellana al blason,
por desdicha, le faltára
honra, yo se la prestára;
tan honrosa es mi opinion.
Con la que gané me sobra,
y honraros á vos pudiera,
que no hay honra verdadera
si con hechos no se cobra.

DUQUE. ¡Oh! ¡audacia...!—Vuestro delirio
perdono. ¿Sabeis la suerte
que os aguarda?

CARLOS. Y bien...

DUQUE. La muerte
y la infamia.

ISABEL. (*Ap.*) ¡Oh! ¡qué martirio!)

DUQUE. (*Observa á Isabel, y se aproxima á Cárlos.*)
Por ser mi deudo, aún os resta
un medio de salvacion.
Escuchad la condicion,
y pensad bien la respuesta.
(*Movimiento de esperanza en Isabel.*)
Prometedme que de España
saldreis sin demora alguna,
ocultando vuestra cuna
y apellido. En tierra estraña
podreis obrar sin temor
ni respeto, pues la afrenta
será asi de vuestra cuenta,
y no tocará á mi honor.

Mas si vuestro arrojo es tal
que el medio desatendeis,
cúmplase, pues lo quereis,
vuestro destino fatal.

CARLOS. Vos, que sin ningun reparo,
le negais empedernido
al mísero perseguido
la hospitalidad y amparo,
que ni en sus pobres cabañas
los mas humildes pecheros,
ni hasta los salvages fieros
en sus grutas y montañas
niegan; vos, imaginar
podeis tan vil condicion,
y aceptárais su baldon
si os viérais en mi lugar.
Mas yo que mi honor aprecio,
sin dudar un solo instante,
vuestra propuesta infamante
como merece desprecio.

DUQUE. Aún pudiérais por mi mano
recibir aquí el castigo. (*Con furor reconcentrado.*)

CARLOS. No os temo como enemigo;
os respeto por anciano.

DUQUE. Este anciano os intimida,
¡ cobarde! (*Poniendo mano á la espada.*)

ISABEL. ¡ Padre, señor! (*Intentando detenerle.*)

DUQUE. Insensato es mi furor
con un traidor homicida.

(*Los criados se adelantan como para proteger á su señor.*)

CARLOS. ¡ Desdichado el que á la empresa
de ultrajarme aquí se arroje!

DUQUE. No seré yo quien despoje
al verdugo de su presa.—
Saldreis de mi casa.

(*Dirigiéndose á los criados como para prevenirles algunas órdenes.*)

ANSELMO. Sí; (*Saliéndole al encuentro.*)
pero libre y al momento.
¿ No es verdad? libre.

DUQUE. (*Ap.*) ¡Ese acento!)
(*Retirándose con espanto.*)
¡Anselmo..! (*Reconociéndole.*) (*Ap.*) ¡Qué frenesí!)

ANSELMO. Seguidme sin dilacion. (*A Cárlos.*)
Abrid paso; vuestro dueño (*A los criados.*)
lo manda.

DUQUE. Sancho. (*Luchando con distintos afectos.*)

ISABEL. (*Ap.*) ¡Yo sueño!)

DUQUE. (*A los criados, dominado por la mirada de Anselmo.*)
Dejadlos. (*Ap.*) No es ocasion.)
Que sepa yo donde mora
ese viejo sin tardanza. (*A Sancho.*)

SANCHO. (*Ap.*) Ahora empieza mi privanza.)

DUQUE. (*Ap.*) Mi venganza empieza ahora.)
(*Viendo salir á Anselmo seguido de Cárlos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO, y cuatro criados del Duque.

SANCHO. ¿Sabeis si en la casa alguno
notó nuestra ausencia?

CRIADO 1.° Nó.

SANCHO. ¿Alguien, por acaso, os vió
quitar el disfraz?

CRIADO 1.° Ninguno.

SANCHO. Fortuna ha sido. Ahora queda
tan solo que satisfaga
vuestro trabajo. La paga
tomad en buena moneda. (*Les da dinero.*)
Cuidado si alguno canta,
que toda reserva es poca.
Los deslices de la boca
se pagan con la garganta.
Pues, aunque no hubo malicia
en lo de atrapar al viejo,
tambien arriesga el pellejo
quien suplanta á la justicia.
Conque así cada mochuelo
á su olivo, y discrecion.
No olvideis mi prevencion.

CRIADO 1.° Podeis vivir sin recelo.

ESCENA II.

SANCHO.

Mucho temo no se tuerza
negocio tan importante.
Pero nó; trampa adelante:

mas vale maña que fuerza.
¿Y si Cárlos averigua
que fué mi cita un amaño,
y en venganza del engaño
me persigue y me santigua...?
¿Qué he de hacer en tal apuro?
No es inminente el suceso;
mas discurramos con seso
algun remedio seguro.

ESCENA III.

SANCHO y la DUEÑA.

SANCHO. La vieja; maldita, amen.
DUEÑA. Sea alabado y bendito...
SANCHO. ¿Qué, tan temprano?
DUEÑA. Os imito.
¿No madrugais vos tambien?
SANCHO. Es verdad.
DUEÑA. ¿Habeis pasado
mala noche?
SANCHO. No por cierto.
DUEÑA. Pues en vuestra cara advierto
no sé qué de trasnochado.
SANCHO. Aprension. Hasta la aurora
á pierna suelta he dormido.
DUEÑA. ¿No os ha despertado el ruido
de esta noche?
SANCHO. No señora.
DUEÑA. ¡Es raro!
SANCHO. Raro, ¿por qué?
DUEÑA. Ya se vé, tendreis el sueño
tan pesado...
SANCHO. Como un leño.
DUEÑA. ¡Qué fortuna! Pues yo sé (*Con intencion.*)
de alguno que estuvo en vela,
y que ha salido de casa
á media noche.
SANCHO. ¿Eso pasa?
DUEÑA. No le sirvió su cautela.

SANCHO. ¡Habrá mayor galopin!
DUEÑA. Bien merece un escarmiento.
SANCHO. ¿Y quién lo vió?
DUEÑA. Mi aposento
tiene rejas al jardin.
SANCHO. El amor será, tal vez,
causa de esa travesura.
Dios le dé buena ventura
al galan.
DUEÑA. ¡Qué avilantez! (*Con ira.*)
¡Es posible audacia tanta!!
SANCHO. ¿Por qué me hablais de ese modo?
DUEÑA. Porque lo ví, Sancho, todo.
SANCHO. (*Ap.*) Tiró el diablo de la manta.)
DUEÑA. Conozco vuestros desmanes.
SANCHO. Engañada estais sin duda.
DUEÑA. ¿No fueron en vuestra ayuda
tres ó cuatro perillanes?
SANCHO. (*Ap.*) ¡Demonio!)
DUEÑA. Así, desleal,
el cariño que os profeso
me pagais? ¡Falso!
SANCHO. (*Ap.*) Ya es eso
harina de otro costal.
Respiremos.)
DUEÑA. ¡Libertino!
SANCHO. (*Ap.*) Ahora lo mete á barato.)
DUEÑA. ¿Dónde estuvísteis, ingrato?
SANCHO. Yo... sí... (*Ap.*) Diré un desatino.)
DUEÑA. ¿Tanto os importa el secreto?
Os vende la turbacion.
SANCHO. Yo os diera satisfaccion;
pero lo impide un respeto.
DUEÑA. ¡Respeto, vos! Antes sí:
al pretender el tesoro
de mi amor.
SANCHO. (*Ap.*) Cójame un toro
si nunca tal pretendí.)

ESCENA IV.

SANCHO, la DUEÑA y un CRIADO.

SANCHO. Reparad!.. (*A la Dueña viendo venir al criado.*)
DUEÑA. ¡Estoy tranquila! (*Aparentando serenidad.*)
SANCHO. ¿Qué hay? (*Al criado.*)
CRIADO. Don Cárlos de Orellana. (*Con reserva á Sancho.*)
SANCHO. (*Ap.*) Héme aquí, suerte inhumana,
entre Caribdis y Scila!)
Señora, vuestra indulgencia (*Con reserva á la Dueña.*)
perdone si desatento...
Es solo por un momento.
DUEÑA. ¿Os molesta mi presencia?
SANCHO. Me reclama la amistad... (*Buscando una escusa.*)
del que anoche apadriné.
DUEÑA. ¿Fué un duelo?.. Mentís.
SANCHO. No á fé.
DUEÑA. ¡Quiera Dios que sea verdad! (*Vase.*)

ESCENA V.

SANCHO y el CRIADO. Despues CARLOS.

CRIADO. ¿Qué le digo?
SANCHO. Que ocupado
con el Duque estoy, y le ruego
que me dispense; que luego
le iré á ver.
CARLOS. Quedo enterado. (*Desde la puerta.*)

ESCENA VI.

SANCHO y CARLOS.

SANCHO. (*Ap.*) Me encuentra desprevenido.
Esto solo me faltaba.) (*Sancho, durante toda esta escena, manifiesta inquietud y recelo.*)
CARLOS. Si es verdadera la escusa

esperaré en esta cámara.
Si no hay tal cosa... paciencia :
perdona mi confianza,
y no así te ruborices
porque te cogí en la trampa,
que todo mal pagador
procura esconder la cara.

SANCHO. Tu atrevimiento tan solo,
Cárlos, es lo que me pasma.
¿Despues de lo que ha pasado,
penetras en esta casa?

CARLOS. ¿Y por qué no entrar en ella
si encuentro la puerta franca?

SANCHO. Pudieras hallar tu ruina.

CARLOS. Sin razon te sobresaltas.
¿Qué puede perder aquel
que no tiene ni esperanza?

SANCHO. La vida acaso.

CARLOS. La muerte
diera término á mis ánsias.
No malgastemos el tiempo
imaginando desgracias.
¿Nada tienes que decirme?

SANCHO. Solamente que te vayas.

CARLOS. ¿Y nada mas?

SANCHO. Te lo ruego.

CARLOS. Es inútil toda instancia.
Hasta cumplir cierto voto
no abandono esta morada.

SANCHO. ¿Quieres perderte y perderme?...
Con que uno se pierda basta.
Adios. (*Intentando irse.*)

CARLOS. No te irás tampoco
sin escuchar esta carta.

SANCHO. ¡Mi carta! Sé lo que dice.

CARLOS. Es que pudiera ser falsa.

SANCHO. Es que no puedo esplicarme.

CARLOS. Pues entonces, carta canta.

SANCHO. No te escucho.

CARLOS. Daré voces.

SANCHO. ¡Ten prudencia!
(*Con zozobra mirando hácia las habitaciones interiores.*)
CARLOS. Ten cachaza.
No hay duda que es para mí.
«A don Cárlos de Orellana.—(*Leyendo.*)
Quien con poderoso influjo
pudo encadenar tu alma,
quiere que llegue á tu oido
un mensage de importancia.
Tú, solo y á media noche,
espera junto á las tapias
de San Francisco. No faltes
que yo tampoco haré falta.—
Tu amigo Sancho.»—Esta firma...
SANCHO. Es mi firma. (*Ap.*) ¡Estoy en áscuas!)
¿Mucho tiempo me esperaste? (*Con interés.*)
CARLOS. Ahora dejo la estacada.
SANCHO. (*Ap.*) Nada sabe por fortuna.)
CARLOS. ¡Bien cumpliste tu palabra!
SANCHO. ¿Tiene voluntad quien sirve?
CARLOS. ¿Y tu comision?
SANCHO. Sabrásla.
CARLOS. Ahora mismo.
SANCHO. En este sitio,
no puedo decirte nada.
CARLOS. Salgamos afuera.
SANCHO. Menos.
CARLOS. ¿Tampoco? ¡Qué pertinacia! (*Con recelo.*)
Está bien: dí á tu señora...
SANCHO. ¿Qué dices? (*Con sobresalto.*)
CARLOS. Que quiero hablarla.
SANCHO. ¿Estás loco?
CARLOS. Señor page,
ni consejos, ni alharacas.
SANCHO. Imposible: yo no puedo
cumplir con lo que demandas.
CARLOS. ¡Vive el cielo...! Mas ¿qué digo?
No se arriesgue tu privanza
por mi culpa. Yo á Isabel
esperaré hasta que salga.

SANCHO. (*Ap.*) Si se ven, todo es perdido.
¡Resolucion temeraria!
Y se sienta. ¡Quién pudiera
echarlo por la ventana!)—
Mucho ha variado tu genio.
CARLOS. No hubo en tí poca mudanza.
SANCHO. ¿Desde cuándo tan resuelto?
CARLOS. ¿Desde cuándo, tú, tan mandria?
SANCHO. Cárlos, por las doce tribus
vete de aquí; por las plagas
de Faraon!
CARLOS. No te canses.
SANCHO. ¿Así á tu amigo desahucias?
CARLOS. Ese amigo que tenia
lo perdí en una posada.
SANCHO. ¡Por Isabel te lo ruego!
CARLOS. Mírala, viene á esta sala.
SANCHO. (*Ap.*) ¡Hoy todos aquí madrugan! (*Con ira.*)
Voyme y salga lo que salga.) (*Vase.*)

ESCENA VII.

CARLOS é ISABEL.

CARLOS. (*Ap.*) ¿Qué espero de su esquivez?
¡Algun desengaño mas!
No debo volver atrás.)
ISABEL. (*Ap.*) ¡Don Cárlos aquí otra vez!)
CARLOS. Señora...
ISABEL. (*Ap.*) ¿Qué solicita?)
CARLOS. Mi presencia no os admire.
ISABEL. Permitid que me retire.
CARLOS. Es para vos la visita.
ISABEL. Yo recibirla no puedo.
CARLOS. Os juro, que no es arrojo
mi venida, que sonrojo
os deba causar ni miedo.
ISABEL. ¿No tiene que temer nada
quien de esta casa ha salido,
dejando á un padre ofendido,
teñida en sangre la espada?

CARLOS. Nada, señora.
ISABEL. Lo dudo.
CARLOS. Al morir vuestro criado
su crímen ha declarado,
y su crímen es mi escudo.
ISABEL. (*Ap.*) ¡Dios mio!)
CARLOS. Si os dí pesar,
yo tambien lo recibí.
ISABEL. Y bien, ¿qué quereis de mí?
CARLOS. Eso os iba á preguntar.
ISABEL. ¿A mí? No os entiendo.
CARLOS. Os ruego
que me digais si me toca
escuchar de vuestra boca
lo que me anuncia este pliego.
ISABEL. ¿Qué pliego? Dadme.
CARLOS. Tomad.
(*Ap.*) ¡Es singular su estrañeza! (*Lee Isabel.*)
Si no tuviera certeza....
¡Qué sospecha!)
ISABEL. ¡Qué maldad!
Vuestra loca pretension
me ocasiona un nuevo ultraje.
Solo faltaba que un page
jugara con mi opinion!—
Esta carta es un engaño.
CARLOS. ¿Y es tan grande vuestro duelo,
que no os asalta el recelo
de que se fraguó en mi daño?
Cese vuestra eterna queja,
vuestro desden rigoroso,
que quien os quita el reposo,
hoy en libertad os deja.
Sí, Isabel, vuestra ventura
no turbaré. Solo anhelo
poder en estraño suelo
encontrar mi sepultura.
ISABEL. ¡Qué frenesí!
CARLOS. No os asombre.
Firme es mi resolucion.

¡Os ultraja mi pasion...!
Ya ni escuchareis mi nombre.
Y aunque mi desdicha es tal
que apenas muevo la planta,
cuando luego se levanta
contra mi vida un puñal,
no es el temor de la muerte
quien me decide (que en pos
corro de ella) si no vos.
¿Qué espera mi triste suerte
si mi esperanza y contento
en este amor consistia,
y en vos hallo cada dia
mayor aborrecimiento?

ISABEL. ¿Que yo os aborrezco? ¡Ah, no! (*Conmovida.*)
Antes bien... (*Ap.*) Pero ¿qué digo?)

CARLOS. ¡Isabel!

ISABEL. (*Ap.*) ¡Hado enemigo!)—
Jamás. Mi labio mintió.

CARLOS. No mintió; fueron agravios
mis palabras. No es afrenta,
cuando el alma se violenta
que rebose por los labios.

ISABEL. Basta, basta. (*Con sobresalto.*)

CARLOS. ¡Qué temor
el vuestro tan sin igual!

ISABEL. El que yo no os quiera mal (*Turbada.*)
no es decir que os tenga amor.
Tal vez no me habré esplicado...
(*Con profunda emocion.*)
ó no me habreis comprendido.
Ya veis... ¿qué mas prueba? Os pido
que os alejeis de mi lado. (*Dominándose.*)

CARLOS. A despedirme de vos (*Cortado.*)
vine aquí principalmente.

ISABEL. Vuestra partida es prudente,
precisa para los dos.

CARLOS. De partir os doy promesa.
Mas antes de la partida
escuchad mi despedida,

que, aunque larga, os interesa.—
En Méjico vuestra madre
tuvo un siervo tan honrado,
que por sus prendas, privado
llegó á ser de vuestro padre.
Viudo el duque, á su pesar
tuvo que volver á España,
y una noche, ¡accion estraña!
arrojó el esclavo al mar.
Entonces en su bajel
un pirata compasivo,
salvó al náufrago, y cautivo
lo llevó despues á Argel.
Y en una estrecha prision
juventud y lozanía
perdió el triste, hasta que el dia
llegó de su redencion.
Por acaso estraordinario,
de tormenta tan cruel
librar consiguió un papel
dentro de un escapulario;
y este papel, que pudiera
perder al Duque, el anciano
cautivo puso en mi mano
y me habló de esta manera.
«Mucho os debo, pero hoy,
don Cárlos, en esta prenda
fatal, que es mi única hacienda,
mas de lo que puedo os doy.
Ya no debe estar conmigo
por mas tiempo, que la vida
acaso tengo vendida
al rencor de mi enemigo.
No estrañeis el embarazo
que me detiene á usar de ella.
Este papel es centella
que ha de herirme de rechazo.
Y si veis que os hago dueño
de su secreto fatal,
es porque quiero leal

pagar un antiguo empeño.»
Dijo, y la prenda me dió;
mas su contenido ignoro,
que si es secreto desdoro,
no lo quiero saber yo.
Si vuestra esquivez pudiera
(*Saca un pliego cerrado.*)
mitigar con este pliego
lealmente, ¡ay! ¡cómo luego
uso del papel hiciera!
Mas para vengarme, nó,
que fuera infamia notoria.
Recibid esta memoria (*Ofreciéndoselo.*)
del que ciego os adoró.

ISABEL. (*Ap.*) ¡Oh, cuán estraña hidalguía!)
Don Cárlos, si yo admitiera
(*Rehusando tomar el pliego.*)
vuestro obsequio, os pareciera
que por interés lo hacia,
ó que mi desconfianza
teme que en vuestro poder
llegue este secreto á ser
instrumento de venganza.

CARLOS. Si rehusais mi ofrecimiento
creeré que es, antes que nada,
por no quedar obligada
á un corto agradecimiento.

ISABEL. Si tal habeis de pensar
acepto vuestro favor. (*Toma el pliego.*)

CARLOS. Conservadlo sin temor,
que agradecer no es amar.

ISABEL. (*Ap.*) ¡Ah!)

CARLOS. Y Adios.

ISABEL. ¿Os marchais?

CARLOS. Sí.

ISABEL. ¿Para siempre?

CARLOS. Es mi deber.
Yo nunca dejé de hacer
lo que una vez prometí.

ISABEL. Entonces, tened presente

que sin este heróico hecho,
vuestra memoria en mi pecho
aún viviera eternamente;
y que en tan dura ocasion
fué justa mi resistencia.
Rindo á mi padre obediencia...
vos llevais mi corazon.
(*Vase con precipitacion por la puerta de la derecha inmediata al proscenio.*)

ESCENA VIII.

CARLOS.

¡ Cielos! ¿será verdad ? Y yo tan ciego
que por odio tenia
su aparente despego!
¡Oh ! ¡ Venturoso , venturoso dia !
¿ Quién mas feliz que yo ?— ¡ Feliz !.. ¡ Olvido
mi rigurosa estrella !
¿ A Isabel no he perdido
si para siempre he de alejarme de ella ?
¡ Renuncié de su vista al dulce encanto
que mi ventura labra !..
¿ Y á sacrificio tanto
quién obligarme puede ?—Mi palabra.
Rápida exhalacion del claro cielo ,
donde nació, se aleja ;
y en el mísero suelo
su lumbre apaga y la existencia deja.
¡ Ay ! yo la imitaré , pues la enemiga
suerte á morir me lanza,
cuando á dejar me obliga
el cielo donde vive mi esperanza.
¡ Huyo , por siempre !.. Aún réstame un amigo :
él mis pesares llorará conmigo. (*Vase por el foro.*)

ESCENA IX.

El DUQUE y SANCHO.

SANCHO. Con mas sigilo no es fácil
llevar una empresa á cabo.

DUQUE. ¿No hizo resistencia Anselmo?
SANCHO. Como un corderillo manso,
al nombre de la justicia,
se mostró.
DUQUE. Bien lo has trazado.
Tráele aquí que hablarle quiero;
y cuida que en este cuarto
no ha de entrar persona alguna.
SANCHO. En serviros me complazco. (*Vase.*)

ESCENA X.

El DUQUE.

¡Ya está en mi poder! Al fin
de tan fiero sobresalto
me veré libre!—Primero
averigüemos el daño
que me amenaza, y despues
trataremos de evitarlo.
Cerrar conviene esta puerta,
no oiga Isabel lo que hablamos.
(*Cierra la que comunica á la habitacion de Isabel.*)

ESCENA XI.

El DUQUE, ANSELMO y SANCHO.

ANSELMO. (*Que ha visto la accion del Duque.*)
¿Temeis que me escape? (*Al Duque.*)
DUQUE. ¿Yo?
No tal: retírate, Sancho.
(*Vase Sancho por la puerta del foro.*)

ESCENA XII.

El DUQUE y ANSELMO.

DUQUE. La puerta cierro tan solo
porque hablemos sin reparo.
ANSELMO. Siempre fuisteis precavido.
DUQUE. Vivir alerta, no es malo.
ANSELMO. Quizás por esa razon

me hicisteis venir, y atado.
DUQUE. Si se consigue el objeto,
¿quién de la forma hace caso?
ANSELMO. Presumo que, como siempre,
esta vez disteis en vago.
¿De que os sirve mi persona,
si sabeis que nada valgo?
DUQUE. Bien sé que no vale nada
la palabra de un esclavo,
pero viendo que en mi casa
te apareces por ensalmo,
defendiendo á mi enemigo
y amenazándome osado,
quiero saber de tu boca
lo que piensas, insensato;
qué puedo temer de tí.
ANSELMO. De Dios podeis temer algo.
DUQUE. ¿Qué quieres darme á entender (*Levantándose.*)
con ese tono enigmático?
¿Cuáles son tus pensamientos?
¡Ay de tí, si no eres franco!
Medios me sobran, Anselmo,
para hacerte hablar de plano.
ANSELMO. Lo que yo quiero decir,
vos debeis adivinarlo.
¿Al conseguir por esposa
la que elegisteis avaro,
por ventura, se ha cumplido
lo que trazó vuestro cálculo?
DUQUE. Bienes tengo.
ANSELMO. Recordad,
que fué estéril vuestro tálamo.
DUQUE. Para el mundo no lo ha sido.
ANSELMO. Es verdad, con un engaño
lo que la naturaleza
os negó, suplisteis cauto.
Mi parte en la empresa tuve,
y la hija de un estraño
por hija vuestra pasó.
DUQUE. Mas nadie podrá probarlo. (*Con intencion.*)

ANSELMO. Desconfiásteis de mí,
y á las ondas del mar bravo
una noche me arrojásteis.

DUQUE. Sin vida te imaginamos.

ANSELMO. Me parece que no fué
accidental mi letargo.—
¡ Ay del que intenta del Cielo ,
contrariar los juicios altos !
Vuestra esposa la Duquesa ,
por su conciencia mirando ,
declaró no era Isabel
hija suya , y aquel raro
documento , señor Duque ,
con mi vida se ha salvado.

DUQUE. ¿Será posible? (*Consternado y con desconfianza.*)

ANSELMO. Es seguro.
Contra el poder de los hados ,
¿ qué sirvió vuestra cautela?

DUQUE. (*Con furor agarrando á Anselmo.*)
¿ No te tengo entre mis manos ?
Dame ese papel al punto
si aprecias la vida en algo.

ANSELMO. Vos dispondreis de mi vida ;
pero del papel , don Cárlos.
Ya lo tiene en su poder.

DUQUE. ¡ Maldito seas! ¡ villano !
Tu venganza fué terrible ,
mas de mi furia el estrago
has de sufrir.

ANSELMO. Nada temo.
No es venganza el desagravio.
Nuestro crímen una pena
merece ; justo es el pago.
En la espiacion , por ventura ,
yo tambien ¿ no os acompaño ?
Isabel es hija mia.

DUQUE. ¿ Qué dices ? (*Con fiero regocijo.*)

ANSELMO. De infortunados
amores fruto secreto
fué Isabel, á quien amparo

concedió vuestra ambicion,
que era mi hija ignorando.

DUQUE. A un mismo tiempo me ofendes
y me vengas, desdichado.
Yo el corazon de tu hija
formé; yo grabé en su ánimo
pensamientos tan altivos,
orgullo tan estremado,
que preferirá la muerte
á descender solo un átomo.—
Esta es su estancia. ¿Qué esperas? (*Abre la puerta.*)
Ya tienes el paso franco.
Corre á arrancar á tu hija
de este soberbio palacio;
despójala de sus joyas,
prívala de su regalo,
que en tí hallará la miseria,
y la afrenta, y el escarnio.
¿Qué te detiene? ¿Recelas
que le repugne el contacto
de esa mano encallecida,
de esos inmundos harapos...?
¿O temes que te maldiga?

ANSELMO. ¡El alma me haceis pedazos!
¡Callad!

DUQUE. Gózate en tu obra.
Contigo fué el cielo humano.
Ven. (*Llevándole hácia la habitacion.*)

ANSELMO. ¡Compasion!

DUQUE. ¡Isabel!
(*Sorprendido viendo venir á Isabel.*)

ANSELMO. ¡Isabel! ¡Ah! Soy de mármol.

ESCENA XIII.

El DUQUE, ANSELMO é ISABEL.

ISABEL. ¿Por qué causa mi presencia
á los dos sorprende tanto?
Nada teneis que decirme,
yo sé ya todo el arcano.

Vedme tranquila. (*Ap.*) ¡ Ay de mí !)
DUQUE. (*Ap.*) ¿ Cómo pudo averiguarlo ?)
ISABEL. Dios castiga mi altivez.
Con el hombre mas bizarro
(*Dirigiéndose siempre al Duque.*)
injusta fui, no lo niego;
mas de este secreto infausto
ni jamás tuve noticia,
ni pudiera imaginarlo.—
Vuelvan á su propio dueño
las riquezas que usurpamos,
pues la virtud es riqueza
de valor mas acendrado.
Un padre pensé tener,
y ahora huérfana me hallo.
¿ Tambien no es mi padre aquel
que me tuvo en su regazo;
quien me colmó de caricias,
quien siempre enjugó mi llanto?
Mi padre es tambien, y en vos (*Al Duque.*)
lo mismo que pierdo gano. (*Pausa.*)
Mas ¿ qué es esto ? ¿ Mis razones
no escuchais? ¿ Con rostro airado
apartais de mí la vista?..
¿ En qué os he ofendido ?— ¿ Acaso (*Aterrada.*)
solo reina en vuestro pecho
una pasion...? ¡Oh ! ¡ me espanto !
DUQUE. Tu padre vive, Isabel. (*Con sequedad.*)
Tambien él...
ANSELMO. (*Ap.*) ¡ Sellad el labio !) (*Al Duque.*)
DUQUE. Tambien él te acarició
(*Con intencion, y mirando de vez en cuando á Anselmo que se recata abatido.*)
como yo en tus tiernos años.
Pero es pobre... mas que yo;
su condicion como el barro
es humilde.... es afrentosa.
Por eso no te ha buscado.
A él te acoje, porque á mí
no te une ya ningun lazo.

ISABEL. ¿Y dónde está? (*Resentida y con avidez.*)
DUQUE. Vele aquí. (*Señalando á Anselmo.*)
ISABEL. ¡Vos... mi padre!!
ANSELMO. ¡Cielo santo!
(*Cubriéndose el rostro con ambas manos.*)
ISABEL. ¡Y llorais!.. ¿Por qué llorais?—
¡Padre.... venid á mis brazos!
ANSELMO. ¿Será posible..? ¡Hija mia!—(*Se abrazan.*)
¡Dios premia al fin mis trabajos!
¡Oh! ¡qué venturoso instante!
DUQUE. ¡Oh! ¡qué terrible espectáculo!

ESCENA XIV.

Abrese repentinamente la puerta del foro, y aparece SANCHO (que ha pretendido defender la entrada) huyendo de CARLOS.

El DUQUE, ANSELMO, ISABEL, SANCHO y CARLOS.

CARLOS. Apártate ó ¡ay de tí!
miserable.
ANSELMO. ¡Qué rumor! (*Separándose de Isabel.*)
SANCHO. ¿Quién resiste su furor?
CARLOS. No me engañé, estaba aquí. (*Viendo á Anselmo.*)
Duque, si vuestra crueldad
trata como á inícuo reo
al amigo que poseo,
en quien solo hallé lealtad;
si para cumplir la ley
de vuestro tirano gusto,
usurpais su fuero augusto
á la justicia del Rey;
si el puñal habeis comprado
del miserable homicida
para quitarme la vida,
¿á dónde vais despeñado?
Mi juez quisísteis ser vos
y mi verdugo... Pues ¿cuál,
decidme, es el criminal
entonces entre los dos?
¿Quién lo duda? Ya el tormento

le aguarda... ya se halla en él.
¿Qué tormento mas cruel
que vuestro remordimiento?—
Vengo á recobrar la prenda
que me habeis arrebatado. (*Señalando á Anselmo.*)

ISABEL. Perdonad á un desgraciado:
nadie hay aquí que os ofenda.

CARLOS. Isabel... (*En tono de respetuosa reconvencion.*)

ISABEL. Estadme atento.
Este escrito, á mi pesar, (*Sorpresa en el Duque.*)
hoy me hicísteis aceptar
con noble desprendimiento.
Rehusó vuestra cortesia
inquirir su contenido...
La que por madre he tenido
declara que no lo es mia!

CARLOS. ¿Cómo, así?

ISABEL. De mi existencia
el autor, tampoco es
quien supuso el interés.
Vedle aqui en vuestra presencia.

CARLOS. ¿Anselmo? Qué confusion!

ISABEL. Vuestro es el pliego.
(*Dandóselo á Cárlos que lo toma y examina con rapidez.*)

DUQUE. (*Ap.*) A saber
que se hallaba en su poder...!)

ISABEL. Mis estados vuestros son. (*A Cárlos.*)
Falta que me perdoneis
si pude un tiempo usurparlos.

CARLOS. De esta manera. (*Intenta romper el escrito.*)

ANSELMO. ¡Don Cárlos! (*Se lo arrebata.*)

CARLOS. Soltad!

ANSELMO. No le conoceis!
(*A Cárlos, señalando al Duque.*)

CARLOS. Solo de un modo me allano
á aceptar ese papel.

ANSELMO. ¿Qué pretendeis?

CARLOS. Que Isabel
quiera otorgarme su mano.

ISABEL. (Ap.) Ah!)
CARLOS. ¿Callais?
ISABEL. Y con razon...
CARLOS. ¡Cielos!
ISABEL. Pues dais al olvido
la cuna en que habeis nacido
y mi humilde condicion,
vuestra esclava habré de ser.
CARLOS. La que el corazon adora
siempre será de él, señora.
(*Poniendo la mano sobre el pecho.*)
ISABEL. Pero no vuestra muger.
CARLOS. El reparo es por demas.
ISABEL. Vuestro deber es sagrado.
CARLOS. Cuando el alma os he entregado...
ISABEL. No consentiré jamás. (*Pausa.*)
CARLOS. La palabra que os dí hoy (*Con amargura.*)
recuerdo, y vuestro desvío.
Ese papel ya no es mio. (*Resuelto.*)
Por siempre adios. (*Yéndose.*)
(*Anselmo procura detener á Cárlos.*)
ISABEL. Vuestra soy! (*Despues de un breve instante.*)
(*Retrocediendo y tomando la mano que Isabel le tiende.*)
CARLOS. ¿Quién mas venturoso, quién?
ISABEL. Yo, señor, soy la dichosa!
CARLOS. Anselmo, si ella es mi esposa
tú eres mi padre tambien!
(*Anselmo se aproxima, y Cárlos le abraza.*)
¿Con que al fin el premio alcanza
quien obra bien? La esperiencia (*Al Duque.*)
confirmó vuestra sentencia.—
Esta es Duque mi venganza.
(*Toma el pliego que tiene Anselmo y le rompe.*)
Vuestras injurias perdono.
Lo pasado lleve el viento.
(*Arroja los pedazos del escrito.*)
(*Ofreciendo su mano al Duque.*)
DUQUE. Yo os admiro y me arrepiento.
(*Tomándola con respeto.*)

CARLOS. Sancho, yo no te abandono.
(*A Sancho con intencion. Este se aproxima confundido.*)
Con malas artes medrar
suelen muchos... Su ventura
no es duradera.—Procura
merecer para alcanzar.
En obrar con rectitud
todo nuestro bien se encierra,
y tambien hay en la tierra
premio para la virtud.

FIN DE LA COMEDIA.

Junta de Censura de los Teatros del Reino.—Madrid 27 de noviembre de 1850.—Aprobada, y devuélvase.—RAFAEL PEREZ VENTO.